

**OSSOTT, HANNI. (2007). OBRAS COMPLETAS. CARACAS: BID&CO**

Reseñado por Érika Roosen  
Universidad Central de Venezuela  
erikaroosenla@gmail.com

... ¿Qué es ser poeta?

Llorar.

Llorar.

Infinitamente.

Hanni Ossott

Porque entre nosotros y ella se ha interpuesto el artificio, la determinación, según Schiller, “nuestro modo de conmovernos ante la naturaleza se parece a la sensación que el enfermo tiene de la salud” (1985:85). En los objetos naturales que nos producen gozo lo que realmente amamos no es tan solo su existencia presente, sino sobre todo una idea por ellos representada: “la serena vida creadora, el silencioso obrar por sí solo, la existencia según leyes propias, la necesidad interior, la unidad eterna consigo mismo” (p. 68). Es lo que alguna vez fuimos, lo que necesitamos volver a ser. Y de esa necesidad profunda, de ese ideal que surge de la nostalgia nace la poesía sentimental. Poesía que añora volver a la unidad del mundo, poesía que busca incesante la palabra de la tierra, poesía que se atreve a descender al oscuro territorio del alma para, a través del sufrimiento ante el encuentro con lo indomado, tratar de regresar con *edelweiss*: esa florecilla que, como cuenta Hanni Ossott en su ensayo “Viaje al interior del hombre, alma y poesía”, “los alpinistas roban a la altísima montaña como testimonio de su riesgo” (2007:934). Poesía, en fin, como la de Hanni Ossott.

Ella lo sabía: “la poesía moderna se inaugura desde una boda: alma y poesía. El poeta deja de ser un poeta de cantos épicos y descriptivos para adentrarse en el alma” (p. 934). Sí: allí donde la unidad con la naturaleza se ha roto, allí donde se ha producido el distanciamiento no hay cabida para los cantos épicos. En ese espacio

del alejamiento, del ocultamiento, es *lo otro* lo que empieza a hablar: “la gran vasija del alma se abre, desde sus nocturnidades, desde sus imprecisiones y balbuceos, desde su falta de significado” (p. 934). La experiencia poética se convierte así en una experiencia límite, en una vivencia de la intemperie porque “desde el alma vivimos en el riesgo. Todo en ella es aparentemente inconcluso, provisional, equívoco, sombrío” (p. 935). Y pocos poetas como Ossott optaron por la entrega al inasible territorio anímico, pocos se atrevieron como ella a *vivir* la poesía, a encarnar la búsqueda del ideal.

“EL REINO DONDE LA NOCHE SE ABRE”

En los diez poemarios que constituyen su obra poética completa, la noche se instaura. Es ella la que se opone al alegato, a la teoría que oculta la pregunta por el ser distanciado de la naturaleza, la que se opone, en fin, a la cotidianidad que no se cuestiona sobre el artificio del vivir. Es cierto que, como afirma en su libro de ensayos *Memoria en ausencia de imagen. Memoria del cuerpo*, “el saber técnico desvía al hombre del saber esencial, ése que le revela su participación en lo incognoscible, y que le muestra el límite de su poder” (p. 772). Y mantenerse en ese saber técnico, en consecuencia, no es más que *jugar a la realidad*, tal y como revela uno de los poemas de su segundo poemario, *Formas en el sueño figuran infinitos*:

Sobre lotos escriben testamentos  
abreviaturas de continuidad  
                    pájaros negros atraviesan el cielo  
                    para nada  
aquí solo delimitamos  
                    jugamos a la realidad. (p. 122)

Lo que busca la poesía de Ossott, entonces, es quizá acabar con ese juego, es encontrar tal vez la “verdad”: esa verdad que para los griegos de la antigüedad clásica era *alethéia*, des-ocultamiento. La noche abre el camino para encontrarse con lo verdadero, para reencontrarse con la tierra, para descender escindiéndose de lo que oculta. Y allí, solo allí, es posible el hallazgo de ese *espacio interior del mundo* rilkeano. Ese espacio que es, para Ossott, “El patio” para lo de adentro, y que ella retrata en *Casa de agua y de sombras*. Un patio donde es posible aún la vivencia de la unidad, del esplendor:

...Allí vi un mar  
vi una estrella que era una muerta  
vi una hoja henchida de sangre humana  
mi amor, desde allí se prolongaba  
entero, casi total, íntegro

fui la hoja, la estrella, la sangre. (p. 473)

El poema se convierte en el espacio de la expresión, en el espacio, por eso, de la posible salvación: en *Memoria en ausencia de imagen*, *Memoria del cuerpo* Ossott afirma: “el poeta, como receptor de ‘lo excesivo de la existencia’ (Rilke), recupera para los hombres la vida” (p. 726). Invariablemente, la inmediatez de la imagen aparece ligada a una entrega y a una confianza plagada de dudas. El poema es así, como en “Dios y el poema” de *El circo roto*,

...como una oración  
Una invocación.  
(p. 567)

un espacio que abraza la fe y la duda, y al que es necesario aferrarse aun cuando, como en aquel poema de *Cielo, tu arco grande*, las palabras no lleguen, aun cuando las palabras oculten:

Quisiera decir una palabra  
que se elevara al cielo  
pero ¿qué cielo?  
la rugosa opacidad de la tierra  
me retiene  
los perfiles  
el barranco  
la cañada  
carezco de palabras. (p. 438)

#### “LA FLOR GANADA: *EDELWEISS*”

Porque al aferrarse, al entregarse con confianza, puede llegar el momento en que el alpinista consigue su flor. Un instante de inmediatez en el que finalmente el Ser sea en el Ente, tal y como

esperaba Martin Heidegger. Un instante en que el hombre regrese finalmente a la unidad de la tierra. Y, para volver a ella, Ossott escoge el camino de la reverencia, del mito. Plegarias, penumbras y mitos abarcan sus poemarios finales, los recorren con insistencia, los marcan y los enmarcan. Adentrándose en esos misterios, andando un camino difícil, a través de la noche y entregada al mar, Ossott encuentra brevemente un destello de esplendor. Su camino ha sido arduo y la flor, la “*Edelweiss*” de *El circo roto*, “ganada”:

...cada paso de mis brazos y mis piernas  
es un llamado

cada resbalón, una pérdida

Sudo  
me acuerdo  
miro hacia el vértigo  
y trato de no mirar.  
Asciendo, asciendo hacia la flor

Y cuando allí está  
la arranco  
y la guardo en mi bolsillo  
como esperanza

Luego viene el descenso  
¿quién merece la flor?  
¿Qué hombre la merece? (p. 518)

Si su camino ha sido arduo y ha merecido la flor, para participar de esa expresión, para *merecerla*, para ser ese lector que su poesía pide, pareciera que debemos ser capaces nosotros también de adentrarnos en la noche, de buscar la memoria de la tierra, de encontrarla finalmente en una revelación que, con una inocencia que nos devuelve a la ingenuidad, nos invita, por un pequeño instante, a *ver*. Porque, ciertamente, como ella afirma en *Memoria en ausencia de imagen. Memoria del cuerpo*, “esta palabra y esta escucha solo resuenan para quien se dispone a ponerse en juego. A quien opta por colocarse en la interrogación y nunca en la respuesta” (p. 726). Y así, junto a Ossott, regresamos con la plenitud breve y presente de quien ha estado cerca, de quien ha conseguido siquiera tocar la flor, de quien ha rozado, en fin, el ideal, el esplendor:

Y ella dijo:  
llegó la primavera  
observa y mira,  
floreció el Apamate.

Vi también las flores dispersas en el suelo

Me inició en el mundo, me abrió a él. (p. 461)

### REFERENCIAS

- Ossott, H. (2007). *Obras completas*. Caracas: Bid&Co.
- Schiller, F. (1985). Sobre poesía ingenua y poesía sentimental. En *Sobre la gracia y la dignidad; sobre poesía ingenua y poesía sentimental* (pp. 67-157). (J. Probs y R. Lida trad.). Barcelona: Icaria.

OSSOTT, HANNI. (2007). OBRAS COMPLETAS. CARACAS: BID&CO  
Reseñado por Erika Roosen

225

INVESTIGACIONES LITERARIAS